

# **El Mesías en Cada Letra del Alfabeto Hebreo**

El hebreo es una lengua sagrada. No mística, sagrada. Es el idioma que Dios escogió para darse a conocer al hombre. Hay involucrados en esa lengua aspectos de la personalidad de Dios, como hay aspectos de su personalidad en la cultura judía y en la historia del pueblo judío, la única historia sagrada en la historia de la humanidad. El alfabeto hebreo es en su escritura pictográfico o ideográfico. La forma de cada letra transmite en sí un concepto y cada una de ellas revela al Mesías, cuyo testimonio es el espíritu de la profecía (Ap19:10).



## 1. ÁLEF

ÁLEF, la primera letra del alfabeto, se representaba en la escritura sinaítica mediante una especie de cabeza de buey, simbolizando el poder, la fuerza.

ÁLEF es además la letra con la que comienza la palabra “Elohím”, una forma plural hebrea de referirse a Dios, usada en pasajes como la creación en Génesis: “Entonces dijo Dios (Elohím): hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gn1:26a); o la Shemá en Deuteronomio: “Oye Israel, el Señor nuestro Dios (nuestro Elohím), el Señor uno es” (Dt6:4). La letra ÁLEF consta de 3 trazos. 3 trazos que conforman una sola letra que da inicio al término plural para referirse a Dios. ¿Acaso la unidad de Dios es de tipo compuesto y complejo? ¿Acaso Dios es UNO, en TRES personas? ¿Acaso la Trinidad está esbozada en el Antiguo Testamento, ya desde el Génesis, y presente en forma críptica en uno de los nombres de Dios: Elohím?

Cada letra del alfabeto hebreo tiene un valor numérico. El valor numérico de la letra ÁLEF es 1; BET, la siguiente letra tiene un valor numérico de 2, y así sucesivamente con las 22 letras del alfabeto. Este sistema permite a su vez, que cada palabra tenga un valor numérico único también. En el caso de la caligrafía de la letra ÁLEF, cada uno de los 3 trazos que la componen corresponde a otras 3 letras del alfabeto: Una IÓD, una VAV, y otra IÓD. Siendo el valor numérico de la IÓD un 10 y 6 el de la VAV, obtenemos un valor numérico de 26 para la letra ÁLEF en cuanto a su representación pictográfica. 26 es también el valor numérico de la palabra YÁVUE, el tetragrama que identifica el nombre sagrado de Dios: “YO SOY”. La ÁLEF por lo tanto es tipo de la divinidad y nos habla de la divinidad.

Por otro lado, en hebreo además se pueden descubrir significados en las palabras, leyéndolas de atrás hacia adelante. Esto no se hace en otros idiomas, pero sí en el hebreo. Si leemos ÁLEF de atrás hacia adelante, el resultado es: PÉLE. PÉLE significa: “maravilla”. Este término también tiene una connotación de divinidad. En el Antiguo Testamento los teólogos han identificado las intervenciones de un Ángel conocido como el Ángel del Señor, con la persona de Jesús. Se trata de teofanías, o apariciones de Jesús antes de su encarnación en el vientre de la virgen María.

Una de esas apariciones sucede en el libro de los jueces, hacia el años 1450AC. En esa instancia este misterioso Ángel se le aparece a Manoa, padre de Sansón. Antes de ascender en la llama del animal sacrificado con el que Manoa y su esposa lo honraron, el Ángel se hace llamar a sí mismo: Admirable (Jue13:18). Cuando vamos al original hebreo, descubrimos que el término exacto que el Ángel usó para referirse a sí mismo fue: “PÉLE”, “maravilla”. Es decir, ALEF leída de atrás hacia adelante. Este detalle nos ayuda a comprender que los eruditos están en lo cierto cuando interpretan que este Ángel es divino, es Jesús, es Dios mismo haciéndose visible. No se trata de un ángel común, un

arcángel o un serafín. El título Admirable o Maravilloso es prerrogativa de la divinidad, y esconde en sí la letra ÁLEF, letra asociada con la divinidad, con el nombre sagrado de Dios, "YÁVUE" en cuanto a su valor numérico, y con el término hebreo plural para referirse a la plenitud de Dios: "Elohím".



## 2. BET

La segunda letra del alfabeto hebreo es la: BET. Los sabios judíos dicen que a diferencia de la ÁLEF, que no suena (pues es como nuestra H), la BET sí tiene sonido, y ese sonido es poderoso. La Torá comienza con esta letra: “En el comienzo”, que en hebreo se lee: “Bereshít”. La pictografía de la BET es como una casa, con una apertura hacia la izquierda y cerrada hacia la derecha. Es como si Dios nos estuviera diciendo que lo que es antes de ese comienzo, es su sola potestad saberlo. A nosotros nos concierne lo que sucede a partir de ese momento, hacia la izquierda. Y hacia la izquierda se continúa el relato del Génesis (recordemos que el hebreo se escribe de derecha a izquierda, lo opuesto a nuestra forma de escribir). Hacia la izquierda se abre entonces el relato de la Creación, para empezar, y luego el resto de la Biblia. Por eso la BET tiene sonido poderoso, porque la Creación de Dios fue un acto poderoso. Y a su vez tuvo un comienzo a partir del cual se abre hacia adelante, hacia el futuro, hacia nuestra poderosa inmortalidad, junto al Padre, o separados de Él.

También la palabra bendición en hebreo: “BRAJÁ”, comienza con la letra BET. La Creación fue hecha para bendecir al Señor; y la Torá fue concebida y escrita para bendecir al hombre. El apóstol Pablo nos lo confirma en su carta a los Romanos: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro7:12).

Existen además asociaciones específicas de esta letra con Jesús, nuestro Mesías. En primer término, la palabra hijo en hebreo es “BEN”, y ella también comienza con la letra BET. La vida del hogar y la continuación de la casa son nuestros hijos e hijas. No sólo los hijos carnales, también los espirituales: nuestros discípulos. La BET es como ese HIJO que continúa la vida al conectar la primera letra del alfabeto, la ÁLEF (Dios en toda su potestad), con el resto del alfabeto (la Creación y la humanidad). Esto está estrechamente ligado a la función reconciliadora de Jesús entre el Padre y los hombres, como nos lo enseña el apóstol Pablo: “Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios, por la muerte de su Hijo” (Ro5:10); y: “Dios nos reconcilió consigo mismo por Cristo... Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2Co5: 18, 19).

En segundo término, la BET es la segunda letra del alfabeto, así como Jesús, el Hijo es el “segundo” después del Padre en cuanto a su función: “Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (1Co15:28).

En tercer término, desde su propia perspectiva la BET está a la derecha de la ÁLEF, como Cristo está a la derecha del Padre: “El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra” (Sa110:1<sup>a</sup>); y: “El Dios de vuestros padres levantó a Jesús... a este, Dios ha exaltado con

su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hch5: 30a, 31).

En cuarto término, la palabra alfabeto en hebreo es: “ÁLEF-BET”, es decir que estas 2 letras no sólo van en orden consecutivo en el alfabeto, sino que forman la palabra “alfabeto”. Así también dijo Jesús en Juan: “Yo y el Padre uno somos” (Jn10:30). Vemos cómo las enseñanzas de Jesús, a menudo analizadas desconectadas de su trasfondo hebreo, de su raíz judía, adquieren sintonía a la luz de esa sagrada cultura que las originó. No son declaraciones antojadizas o descolgadas por parte de Jesús, sino estrechamente ligadas a concepciones muy propias del judaísmo.

Finalmente, como dijimos, la BET se representaba antiguamente como una casa. De hecho la palabra casa en hebreo es: “BÁIT”. Qué dice el apóstol Pablo, un rabino judío formado a los pies de Gamaliel, el más grande rabino de su tiempo, acerca de Jesús en su carta a los colosenses: “En Él (en Jesús) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col2:9). Jesús es una casa, la casa de Dios, la BÁIT.

Y Él es la BET. 1. Él es “Ben”, el Hijo. 2. Él es quien nos reconcilia con el Padre. 3. Él está a la derecha del Padre e intercede por nosotros. 4. Su naturaleza es una con la del Eterno. 5. Él es nuestra morada, nuestra casa, nuestro tabernáculo, extendido sobre nosotros, cubriéndonos, protegiéndonos. Juan lo revela hacia el final del Apocalipsis: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono (Jesús) dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas” (Ap21:3-5).

Lo creo. “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Ap22:20).



### 3. GUÍMEL

La letra GUÍMEL, la tercera en el alfabeto hebreo, connota la persona del Espíritu Santo (el Rúaj Ha Kódesh), en 3 aspectos: a. Como letra en sí (valor numérico, posición en el alfabeto, estructura); b. Por su relación con un profeta lleno del Espíritu Santo, y c. Por su relación con nuestra función como hijos de Dios, en quienes ese mismo Espíritu reside.

El valor numérico de esta tercera letra, la GUÍMEL, es un 3. Vimos como la ÁLEF tipifica la plenitud de la deidad, el Padre Creador todo poderoso; en tanto la segunda letra del alfabeto, la BET, tipifica al Mesías, el Hijo de Dios, Dios hecho hombre. Esta tercera letra tipifica al Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. En palabras de Jesús, el Espíritu nos convence de pecado, de justicia y de juicio (Jn16:8). Tres sustantivos. Ese Espíritu o Consolador (Jn15:26), procede del Padre y es enviado por Jesús, como lo ilustra la GUÍMEL, que procede de las 2 primeras letras del alfabeto. La “casa”, la BET, que abierta suelta el Espíritu sobre nuestra vida, es Jesús. La presencia de ese Espíritu en nuestro corazón nos mueve al arrepentimiento, nos convence de pecado (nuestra condición pecaminosa); de justicia (lo que es bueno y lo malo); y de juicio (lo que nos ocurriría en caso de no arrepentimos y no caminar la senda de justicia).

En ocasiones, en el original hebreo algunas letras aparecen en determinados pasajes del Antiguo Testamento con un círculo sobre ellas o un tilde, lo cual las vuelve prominentes, las agiganta. Ese es el caso de la letra GUÍMEL en un versículo que se encuentra en Levítico 13:33. Lo asombroso del caso es que ese texto está en el medio mismo del Pentateuco. ¿Qué hace esta GUÍMEL agrandada o acentuada en la mitad exacta de la Torá? Los sabios entienden que ello apunta a que el Espíritu sirve de puente entre Dios y los hombres, y entre los hombres. De hecho la GUÍMEL también se asocia con el término puente en hebreo: “GUÉSHER”. La Torá, inspirada por el Espíritu de Dios, por la GUÍMEL, es el arma para instruirnos en cuanto a lo que está mal y lo que está bien. La enseñanza de la Torá, palabra inspirada y eterna, define el pecado, la justicia y el juicio. Y en esa acción tiende un puente entre Dios y los hombres al permitir su reconciliación mediante el Mesías.

La GUÍMEL se asocia por su forma estructural con un camello o con una persona, pues da la idea de alguien caminando. Recordemos además que la GUÍMEL viene después de la letra BET, que es como una casa abierta. Esta persona, este caballero (o GAVÉR) viene de la casa, procede de la BET, letra asociada con la persona de Jesús. En otras palabras, la GUÍMEL es como un mensajero que viene del Padre y anuncia al Mesías, lo antecede.

Esto nos remite a un personaje bíblico lleno del Espíritu de Dios. Malaquías lo profetiza hacia el año 400AC: “He aquí yo envío un mensajero, el cual preparará el camino delante de mi, y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros” (Mal3:1). En concordancia con esta profecía, unos 400

años más adelante Juan el Bautista dice de Jesús y de sí mismo: “Este es aquel de quien yo dije: Después de mi viene un varón, el cual es antes de mi, porque era primero que yo... Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él” (Jn1:30; 3:28).

Otros 2 aspectos en la GUÍMEL que nos remiten a Juan el bautista son: 1) el ideograma del camello. De hecho la palabra camello en hebreo es “GAMÁL”. Juan el bautista vestía pieles de camello (Mt3:4). 2) El hecho de que la GUÍMEL está entre las letras BET y DÁLET, formando en medio de ellas la raíz BGD, de donde proviene el término BÉGUED, que significa manto, vestidura, capa: como las vestiduras que Juan el bautista usaba. Este profeta precursor del Mesías es tipo del Espíritu Santo ya que él vino a preparar el corazón de Israel, instando al pueblo al bautismo de arrepentimiento antes de la irrupción de Jesús en escena. Lo mismo, como vimos, es lo que logra la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida. Él nos convence de pecado, de justicia y de juicio.

En palabras del apóstol Pablo: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2Co5:19, 20). Esta última parte del versículo de Pablo nos habla del último aspecto de la GUÍMEL y que nos involucra como creyentes al asociarnos a nosotros también con el Espíritu Santo.

Para entender mejor este punto debemos explicitar que en su estructura, esta letra se compone en su trazo de otras 2 letras: la ZÁIN y la IÓD, las cuales simbolizan la palabra escrita y el Espíritu de Dios, respectivamente. Esto nos habla del equilibrio que debemos tener entre la Palabra escrita y el poder espiritual. Son como las 2 patas de la GUÍMEL. Por un lado está la sana doctrina fundamentada en el sólido conocimiento intelectual de la Biblia (lo cual nos lleva a vivir de forma íntegra y a hacer el bien); y por otro lado está el poder del Espíritu, el aspecto sobrenatural del evangelio en la vida del creyente, lo que Pablo denomina la operación de los dones del Espíritu y nos insta a no apagarlo (1Co12:4-11).

No queremos “renguear” al caer en alguno de estos extremos: tener sólo conocimiento de la Palabra o tener sólo poder. Si ese fuera el caso, o seremos secos al sólo poseer conocimiento, o viviremos sin raíz y en desorden. El Señor Jesús hablaba de estos dos aspectos cuando reprendió a los saduceos diciendo: “Erráis, ignorando **las escrituras y el poder** de Dios” (Mt22:29).

Equilibrados estos dos platillos de la balanza en nuestra vida, tenemos una función que cumplir: el amor nos constriñe, no podemos callar lo que hemos visto y oído. Esa es nuestra misión: hacer discípulos. Somos una comunidad en acción. Debemos amar al prójimo. Esto se ejemplifica con la letra que sigue a la GUÍMEL (la DÁLET), pues la GUÍMEL parece ser ese mensajero enviado del Padre a través de la obra del Hijo, que actúa sobre la DÁLET, tipo de los DALÍM, los pobres. Y lo que se da no es sólo lo material (dinero, comida, ropa), sino el segundo trazo de la GUÍMEL, que es la IÓD y representa al Espíritu. Lo que un hijo de Dios tiene para dar a los DALÍM, a los pobres, más allá de lo material, es lo espiritual. Es la esencia.

Así llegamos a ser la corona de Jesús, como una esposa es corona del esposo. No es tampoco casualidad que la GUÍMEL sea una de las letras en hebreo sobre la cual, en ocasiones, se colocan unas coronitas especiales. Hasta eso connota las cualidades que se espera poseamos como iglesia para ser una mejor “esposa” para nuestro novio: el Mesías, Jesús, el Rey Venidero. Esas coronitas son los dones del Espíritu en nosotros y los frutos del Espíritu en nosotros (1Co12:4-11; Gá5:22, 23). Para ser dignos de portarlas, el Espíritu de Dios debe habitar en nosotros.

Ayúdanos, Señor. Ven, Espíritu, ven.



#### 4. DÁLET

La DÁLET es la cuarta letra del alfabeto hebreo y representa una puerta. El ideograma antiguo era como un triángulo, pues las puertas de las carpas tenían esa forma. Hoy día se la representa como un semi rectángulo abierto hacia la izquierda y hacia abajo. El valor numérico de la DÁLET es el 4. Como 4ta letra la DÁLET representa las 3 dimensiones del espacio (ancho, largo, alto) y el tiempo como cuarta dimensión. Tiene que ver con la naturaleza: hay 4 puntos cardinales, hay 4 estaciones, 4 son los elementos naturales (agua, aire, tierra y fuego). Esto refleja que, como dice Pablo en su carta a los Efesios, Dios es: “Aquel que todo lo llena en todo” (Ef1:23). En el libro de Números, en tanto encontramos un pasaje que sirve el mismo propósito: “Mi gloria llena toda la tierra” (Nm14:21b). El hecho de que la DÁLET se represente con sólo 2 lados, con lo cual parece que se puede caer, nos habla del colapso inminente de la realidad presente, del mundo en el que vivimos, donde los deseos de la carne se oponen a los del Espíritu (Gá5:17; Ro7). Esta vida, este orden natural no es todo lo que tenemos por vivir.

Por otro lado, la ideografía de la DÁLET puede interpretarse como un hombre humillándose, inclinado, haciendo morir lo carnal por el Espíritu. Es lo que en hebreo se conoce como BETÚL, o morir a uno mismo. Esto nos recuerda las palabras de Juan el Bautista respecto a Jesús: “Es necesario que él crezca pero que yo mengüe” (Jn3:30); como también la aseveración de Pablo: “No vivo yo, mas vive Cristo en mi” (Ga2:20).

La DÁLET nos retrotrae además a uno de los Yo Soy de Jesús en el Evangelio de Juan: “Yo soy la puerta” (Jn10:9). Él es la puerta a Dios.

Es notable que al agregar una DÁLET como 4ta letra al nombre de Dios (YÁHUÉH), ese nombre se transforma en YEHUDÁ, la tribu de la que provino el Mesías, que además era la 4ta tribu. Judá fue el 4to hijo de Jacob. Por otro lado, el tabernáculo en el desierto, donde moraba la presencia de Dios, tenía su puerta hacia el este, y una de las 3 tribus que acampaban hacia ese punto cardinal por donde se entraba al tabernáculo, era la tribu de Judá (Nm2:2,3). A la presencia de Dios sólo se entra a través de la puerta que es el Mesías, de la tribu de Judá. Él es y será adorado, como lo profetizó Jacob hacia el año 1900AC: “Judá, te alabarán tus hermanos... No será quitado el cetro de Judá... y a él se congregarán los pueblos” (Gn49:8<sup>a</sup>, 10).



## 5. HEY

La HÉY es la quinta letra del alfabeto y su valor numérico es 5. En su ideograma es como una ventana abierta o una persona con manos alzadas. Su trazo se compone de otras 2 letras: la DÁLET y la IÓD. Mientras la DÁLET representa al mundo natural y sus 4 dimensiones (de espacio y tiempo), la IÓD simboliza la espiritualidad, la “quinta” dimensión.

En el idioma hebreo, la HÉY al fin de una palabra (a modo de sufijo) indica un sustantivo femenino. Términos como TORÁH (la Ley) o MITZVÁH (el mandamiento) terminan en HÉY y son sustantivos femeninos. Por eso se asocia a la HÉY con la femineidad auténtica. Una ventana abierta, como lo sugiere el ideograma de la HÉY, deja entrar aire fresco, luz, y da una perspectiva del mundo exterior. Esto nos puede dar una idea de lo que es la auténtica femineidad. También nos habla de algunas características del Mesías, a cuya imagen fuimos creados, y que incluyen la femineidad auténtica. Como una ventana, Él es un refrescante hálito de vida; Él deja entrar la Luz; Él me muestra el afuera y el adentro, me hace consciente de quién soy y de quién es el otro, me da sensibilidad.

Como antes dijimos, algunas letras aparecen en el Antiguo Testamento agrandadas o empequeñecidas. Este es el caso de la HÉY en el pasaje de Génesis que dice: “Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron **creados**, el día que el Señor hizo los cielos y la tierra” (Gn2:4). “**Creados**” es: “ba hí barám” en hebreo. Literalmente el texto revela algo así como que el Creador creó con intensidad, con la letra HÉY, pero empequeñecida ya que no le costó crear los cielos y la tierra. La HÉY es algo así como el hálito de Dios, su Palabra. “Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca” (Sal33:6). Ese mismo hálito con el que el Señor crea según este salmo, también puede destruir: “Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el Espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2Ts2:8). Crear y destruir es una dinámica “orgánica” en Dios, intensa, milagrosa, a la vez que hecha sin esfuerzo, como la letra HÉY que la identifica, la cual casi no tiene sonido. Es como nuestra H, sólo que un tanto aspirada.

Los sabios del judaísmo se preguntan: si Dios eligió la letra HÉY para crear, o si esta letra está asociada con la Creación, ¿qué representa la pequeña abertura superior izquierda en su pictografía? La respuesta: el libre albedrío, la posibilidad de escapar de esa ventana. Pero también el lado inferior está totalmente abierto, lo que evidencia que se puede volver a los brazos del Padre. Y de hecho este espacio abierto abajo es mucho más amplio que el otro, pues Dios es bueno y si nos hemos apartado del camino, Él anhela recibirnos con todo su corazón. Casi siempre hay una senda de regreso, una posibilidad de retorno. Como dice Jesús: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn6:37).

La coronita que en ocasiones se le coloca a la HÉY, equivaldría entonces a la corona que reposa sobre nuestra cabeza cuando nos arrepentimos y volvemos a nuestra condición original de príncipes, lo que Él nos creó para que fuéramos. El paralelismo con las palabras del padre de la parábola del hijo pródigo de Lucas es exacto en este punto: “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies” (Lc15:22).

Es maravilloso darse cuenta que una HÉY fue todo lo que Dios necesitó para cambiar el nombre de Abram a Abraham, y el de su esposa Sarai a Sara (en hebreo: Avram-Avra**Ham**; Sarai-Sara**H** (Génesis 17:5). Estas 2 HÉY que Abram y Sarai recibieron cuando Dios cambió sus nombres, se conocen como las HÉY de oro, pues parecen haber sido extraídas de la esencia misma de Dios. Su nombre, YÁHUÉH, contiene 2 HÉY en el original hebreo. Por eso los cristianos del primer siglo no tenían inconveniente en reconocerse como hijos de Abraham y Sara. Cuando el Señor sopló el hálito de vida sobre nosotros a través del nuevo nacimiento que la muerte de Jesús en el Madero obró, nosotros también como Abram y Sarai fuimos cambiados en Abra**Ham** y Sara**H**.

Al comienzo de las palabras (como prefijo) la HÉY se usa en hebreo como artículo definido: EL/LA/LOS/LAS. El artículo definido vuelve a un sustantivo específico. Es EL varón, por ejemplo, o LA mujer. No cualquier varón o mujer. La HÉY sobre nuestra vida, el hálito de Dios, el nuevo nacimiento por fe, nos vuelve alguien especial, no sólo alguien. Nos da identidad como hijos del Altísimo.

Finalmente, el segundo trazo de la HÉY, la IÓD, está como desprendida, colgando, separada, dejando el hueco en el lado superior izquierdo. Es como si la HÉY estuviera rota. De hecho se relaciona con el verbo: romper, o quebrantar. La cadera de Jacob, nieto de Abraham y padre de las 12 tribus de Israel, fue rota, quebrada, desencajada en Peniel, cuando tuvo un encuentro con el Ángel del Señor. A partir de aquel sobrenatural encuentro y la rotura de su cadera, el nombre de Jacob fue cambiado por el de Israel que significa: quien lucha con Dios, y denota las ansias de Jacob de conectarse con Dios, de tener comunión con Él. La HÉY, su yo quebrantado, su reconocimiento que no podía seguir luchando en sus fuerzas sino que debía entregarse a Dios, su humillación, fue la ventana que lo conectó al cielo (Gn32:25-33).

Si juntamos las 5 primeras letras del alfabeto (ÁLEF, BET, GUÍMEL, DÁLET, HÉY), al excluir la BET (que representa al HIJO), obtenemos en hebreo una palabra que es: AGADÁ. Una AGADÁ es una historia con una profunda aplicación espiritual, como las parábolas de Jesús. El relato de la salida de Egipto en Pascua también es una AGADÁ, por ejemplo. ¿Por qué al remover la BET, tipo de Jesús, se forma esta palabra? Pues Jesús es quien cuenta la AGADÁ, la historia. Y lo más relevante de la historia de redención de la humanidad, es en verdad Su historia.



## 6. VAV

La VAV es la sexta letra del alfabeto, y 6 es su valor numérico. Su pictografía recuerda a un hombre de pie. El hombre fue creado en el sexto y último día, como esta 6ta letra del alfabeto (Gn1:24-31). Y así como hubo un primer Adán, también hubo un postrer Adán: Jesús (1Co15:45-47). Por eso Él se auto denominaba: BEN ADÁM, Hijo del Hombre.

La palabra VAV significa gancho o anzuelo y de hecho la VAV así luce. Como prefijo, antes de una palabra, la VAV equivale a la conjunción: “y”, aunque también puede querer decir: “pero”, “también”, “más todavía”, etc. En ocasiones esto puede cambiar el sentido de un texto, como en Mateo: “Oísteis que fue dicho... PERO yo os digo...” (Mt5:27, 28). Jesús no está diciendo: “PERO yo os digo”, sino: “Y yo os digo”, pues Él no niega el valor del precepto de la ley, sino que lo profundiza.

Como conjunción, como “y”, la VAV conecta más de un elemento. En el hombre, creado en el 6to día se conectan 2 naturalezas: la espiritual y la animal, pero tras la caída, la conexión cesó. La función de Jesús, como la de la VAV, es conectarnos con el Padre, volver a conectarnos. Él es el camino al Padre. Él conectó los cielos y la tierra, lo espiritual y lo físico, según el primer versículo del Génesis: “En el principio creó Dios los cielos Y (=VAV) la tierra” (Gn1:1).

Los rollos antiguos de la Escritura se componían de varias columnas o particiones de texto, cada una de los cuales siempre iniciaba con una VAV, conectando la columna anterior con la siguiente. La Torá se conecta en forma plena sólo a través del Mesías, quien nos da la completa revelación. Además Él conecta todo el universo como lo enseña Pablo en Colosenses: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col1:17).

Pero además de conectar una parte con la siguiente, Jesús es el eje en torno al cual gira esa conexión. En el medio mismo del Pentateuco, en Levítico 11:42, leemos: “Todo lo que anda sobre el pecho”. La palabra traducida como “pecho” es en el original hebreo: GAJÓN, es decir: “vientre”. Esta palabra aparece en el original con una VAV agrandada, conectando las dos mitades de estos 5 primeros libros de la Torá. El vientre o la barriga es la parte central de nuestro cuerpo, la que conecta el tronco y la cabeza con las extremidades inferiores. También Jesús es el centro de la revelación divina, su testimonio es el espíritu de la profecía (Ap19:10), el corazón de la Torá. Él es la Palabra (Jn1:1).

Finalmente, como prefijo de un verbo, la VAV lo transforma, lo convierte, de tiempo presente a tiempo pasado. Ello revela que Dios trasciende el tiempo y puede transformarlo. Cuando Jesús entra a nuestra vida, Él nos transforma, nos da vuelta. En Él hay una nueva creación, somos nuevas criaturas (2Co5:17). Él toma nuestro pasado de condenación y muerte, y en sus manos al presente, lo vuelve un futuro eterno.



## 7. ZÁIN

La ZÁIN se asocia con el séptimo día, el Shabat, El día de reposo, cuando Dios cesó su actividad en la creación, ya que todo había sido completado (Gn2:2). La estructura de la ZÁIN, con el trazo horizontal apoyado en el medio del trazo vertical, nos habla de 2 direcciones: el pasado y el futuro. El día de reposo es cuando tomamos un tiempo para meditar sobre cómo vivimos esa semana y planificamos cómo será la semana siguiente. Es un alto en el camino para evaluar nuestra vida pasada y reflexionar sobre cómo la viviremos a futuro.

La ZÁIN en ocasiones lleva 3 coronitas, que los sabios del judaísmo interpretan tradicionalmente como referencias a la luz, el vino y el pan, los 3 elementos con los que celebran el Shabat. Jesús el Mesías, Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo es nuestro verdadero Shabat, nuestro descanso. Las 3 coronitas también pueden entenderse entonces como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Malaquías 4:4 descubre una ZÁIN agrandada en la palabra “ZIJRÚ”, o “acordaos”. ¿De qué nos debemos acordar? “Acordaos de la ley de Moisés” (Mal4:4). El término que traducimos por ley, es en el original hebreo: “Torá”, concepto mucho más amplio que el de “ley”. La Torá es la enseñanza de Dios, como la enseñanza de un padre amoroso sobre la vida de su hijo, a fin de que siguiéndola, le vaya bien.

En este sentido advertimos que la Torá se vuelve un arma espiritual poderosa. Si recuerdo la Torá y la obedezco, tendré victoria. Cuando Jesús fue tentado por Satanás en el desierto, en las 3 oportunidades Él citó la Torá, “y volvió (del desierto) en el poder del Espíritu” (Lc4:14<sup>a</sup>). El apóstol Pablo habla en forma reiterada de esta guerra espiritual en la que la Palabra nos da la victoria: “Tomad... la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Ef6:17); “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb4:12); “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas” (2Co10:4).

Tanto el guardar el día de reposo como guardar la palabra, se vuelven armas espirituales en nuestro andar. En el día de reposo meditamos en la Palabra de Dios en manera especial. Ello nos guarda del estrés, la ansiedad, la preocupación diaria. Es salud para nuestra vida y la de quienes nos rodean. Tomar un día a la semana y dedicarlo a Dios, bendice además nuestros lazos de relación y afectivos con nuestro entorno, empezando por nuestra familia, siguiendo por la congregación y alcanzando a todo y todos los que nos rodean.

Por eso es importante no dejar de congregarnos, como Pablo nos exhorta (He10:25). Hay poder en medio de su pueblo. Juntos somos un ejército. Un soldado aislado no gana una batalla ni una guerra. Un ejército sí. Congregarnos también implica la lectura pública de la Torá. Hay fuego sagrado en esa lectura pública o predicación. Jesús nos dio el ejemplo, él “enseñaba en las sinagogas... y era glorificado por todos...Y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lc4: 15, 16).

Jesús es la Palabra hecha carne, Él es un arma, Él es la espada. Él es nuestro descanso, nuestro día de reposo. Él es la ZÁIN. (Is49:2). Él nos salva del pecado (Mt1:21) y de la muerte (1Co15:26; Heb2:14; Ap19:15).

“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt11:28). ¡Shabat Shalom!



## 8. JET

El ideograma de la JET es una puerta. Como octava letra del alfabeto, la JET nos habla de un nuevo comienzo, de una vida nueva, de trascender. 7 días tiene una semana, y el 1er día de la semana siguiente, que marca un nuevo comienzo, es también el 8vo día. 8 fueron los sobrevivientes al diluvio universal en tiempos de Noé (Gn7:13), después de lo cual comienza una nueva etapa en la historia de la humanidad. La representación pictográfica antigua de la JET constaba de hecho de 3 divisiones, como los 3 pisos del arca (Gn6:16c). En su octavo día de vida, el bebé judío es circuncidado, indicando mediante ese pacto de sangre, una nueva relación con el Creador. Jesús resucita luego de un día de reposo, un primer día de una nueva semana, que a la vez es un octavo día.

La nueva vida es de orden espiritual. La JET nos habla del reino sobrenatural del Espíritu, de la plenitud del mundo porvenir (Heb6); de los dones espirituales, del carisma (1Co12:8-10). Pero toda esta manifestación sobrenatural debe ser precedida por una profunda comunión espiritual con Dios. En el alfabeto hebreo, la ZAÍN precede a la JET y ella era tipo de lo espiritual, como vimos en nuestra séptima nota. De otro modo seremos como los creyentes de la iglesia de Corintio, con dones del Espíritu Santo pero deficientes en el temperamento, en el fruto del Espíritu, que es amor (1Co13). La aplicación de la Torá, de la Palabra, de los preceptos bíblicos sobre nuestra vida, no refiere a guardar actos religiosos externos, o a una hueca liturgia. La aplicación de esa Palabra refiere a aprender a vivir con honestidad, en integridad, amando a Dios y al prójimo. Luego vendrán los dones con toda la bendición que implican; mas sin amor, no aprovechan en plenitud.

La vida espiritual se origina en un acto de fe. Por eso decimos que nosotros los creyentes somos hijos de Abraham, el padre de la fe. Él le creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gn15:6). Fruto de esa fe, concibió junto a Sara a Isaac, el hijo de la promesa, tipo de la vida nueva. El nombre Isaac significa en hebreo: “sonreirá”, y proviene de la raíz TZAJÁK, o reír. Este verbo en hebreo se compone de 3 letras: una primera letra, la TZÁDIK, cuyo valor numérico es 90 (como la edad de Sara al concebir a Isaac); una tercera letra, la CÚF, cuyo valor numérico es 100 (como la edad de Abraham al concebir a Isaac); y en el medio, una JET, tipo de la vida gestada por esa pareja: un nuevo comienzo.

Hoy día la JET se representa por 2 trazos que parecen otras 2 letras: una ZÁIN y una VAV, las cuales simbolizan a la mujer y al varón, respectivamente. Esto nos lleva a relacionar la JET con la institución matrimonial, en la que se gesta la vida. Es en el contexto de un matrimonio que se conciben niños. El matrimonio es una puerta a una nueva vida, a un nuevo pacto. La palabra vida en hebreo es: JÁI. La palabra JEN: gracia. De estos 2 conceptos habla el apóstol Pedro a los varones en el contexto de la convivencia matrimonial: “dando honor a la mujer como a vaso más frágil y como a coherederas de la **GRACIA** de la **VIDA**” (1P3:7). Casarse implica un nuevo estadio, una vida nueva, y la convivencia requiere de la gracia para subsistir.

La ceremonia matrimonial en el judaísmo sucede bajo una JUPÁ, palabra que se escribe con JET y que es esa especie de dosel o toldo bajo el cual los novios se desposan. Al separar las 3 letras de esta palabra, tenemos otra frase: "JET-PÓ", o: "la JET está aquí"; que es decir: la gracia y la vida están aquí. El matrimonio es una institución sagrada. Solo nuestra unión con Dios, nuestro matrimonio con Él desata la gracia y la vida. El pacto sagrado de Dios con Israel mediante Moisés, tuvo una JUPÁ natural que fue el monte Sinaí, el cual ofició de cobertura sobre el pueblo, sobre la novia. El nuevo pacto en el Mesías (Jer31:31, 33), también sucedió bajo una JUPÁ, bajo la cobertura de la sangre que Jesús derramó en el madero para reconciliarnos con el Padre mediante la gracia y el Espíritu de Vida. A partir de ese momento la ley dejó de estar escrita en piedra para labrarse en el corazón del hombre a través del Espíritu Santo.

Otra interpretación u otras 2 letras que podemos advertir en la estructura de la JET, son precisamente 2 ZÁIN cara a cara, como uniéndose. Ello también evidencia la reconciliación que sólo Jesús logra entre todos los hombres mediante su cruz (Jn10:16; Ef2:14).

La sangre derramada del Cordero sobre los postes y dinteles de las puertas de las casas de los hebreos en Egipto fue el camino hacia su libertad y la reconquista de la tierra prometida. El madero fue la puerta literal sobre la que la sangre del Mesías se derramó a fin de que logremos nueva vida. A partir de ese glorioso instante en el que deposito mi fe en el poder de esa sangre, soy nueva criatura, y la comunión restaurada con el Padre despierta sobre mi vida los frutos y los dones del Espíritu, trasciendo el mundo natural y conquisto la vida eterna.

Jesús es la JET, Él es La Puerta (Jn10:9).



## 9. TET

No existen demasiadas palabras en hebreo que posean esta letra. No es común como otras. En el capítulo 1 de Génesis, no obstante, la encontramos en el adjetivo para la luz que Dios crea: “Y vio Dios que era buena” (Gn1:4). “Buena” en hebreo es: TOV. Por eso se relaciona a la TET con la benevolencia, la bondad, uno de los atributos de Dios y uno de los nombres de Dios: “Bueno eres tú, y bienhechor, enséñame tus estatutos” (Sal119:68). “Bienhechor” es en hebreo en este verso del salmo: U-MÉ-TÍV, o: “el que hace el bien”, el benevolente. TOV expresa la naturaleza de Elohim, el Dios trino, y expresa cómo Él se relaciona con la humanidad.

La pictografía de la TET es de hecho como una persona generosa, con un regalo para dar (3 coronitas en ocasiones dibujadas sobre la TET), si bien Él esconde ese regalo. Esto se relaciona con la enseñanza de Jesús: “Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha... Y cuando ores... entra en tu aposento y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto” (Mt6:3-5). También nos recuerda las varias instancias en los evangelios en las que Jesús pedía a aquellos a quienes bendecía con milagros, que no lo divulgaran.

La ideografía de la TET también parece como un bebé, dependiendo del cordón umbilical, del cuidado de su mamá. Vaya metáfora para expresar el sentido más profundo de la benevolencia. No es casual que el valor numérico de esta letra sea 9, y 9 sean los meses de gestación de un bebé. Tampoco es casualidad que la letra previa, la JET, refiera al matrimonio, mientras que la letra siguiente, la TET, refiere al fruto de la unión matrimonial: los bebés.

Jesús es el agente “bienhechor” o benevolente del Padre que viene como un Rey sobre nuestra vida, nos corona como príncipes al creer en Él y nos vuelve hijos y herederos para que juntamente con Él seamos glorificados (Jn1:12; Ro8:17). Jesús da la riqueza de su reino, la gloria que compartía con el Padre, a nosotros los pobres, los despojados de la gracia del Eterno (Jn17:5, 6). Como un verdadero líder el Señor es generoso y nos bendice. Él es un dador, y se espera lo imitemos (Hch20:35b; 1Co11:1).

Inicialmente la TET se representaba como una serpiente, evidenciando una naturaleza dual. 2 términos antitéticos que se escriben con TET reafirman esta idea: TAJÓR o “limpio” y TAMÉ o “inmundo”.

En el llamamiento de Moisés en el libro de Éxodo, Dios lo anima a ir y liberar a sus hermanos hebreos, esclavos en Egipto, diciéndole: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?” Y él respondió: Una VARA. Él le dijo: échala en tierra, y se hizo una culebra, y Moisés huía de ella. Entonces dijo el Señor a Moisés: Extiende tu mano y tómalas por la cola. Y él extendió su mano, y se volvió VARA en su mano. Por esto creerán que se te ha aparecido

el Señor, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Éx4:2-5).

La palabra para “vara” es en hebreo: “MATÉH”, con una TET en el medio, y esa vara se transforma en una serpiente. La vara de Moisés representaba el poder de Dios. El embarazo, la generación de vida también es una instancia de poder sin igual. Tanto en el embarazo de una mujer como en la vara de Moisés, advertimos un estado potencial. Pero ese estado tiene una naturaleza dual, pudiendo tornarse bueno o malo.

La aplicación a nuestra vida es que si somos buenos líderes, advertiremos la potencialidad dual de la unción de Dios, de los dones, de la manifestación sobrenatural del poder de su Espíritu en nuestra vida. Ellos son un arma de doble filo y pueden volvernos soberbios, distantes, egoístas, a menos que forjemos primero el carácter mediante la comunión con el Padre. Desarrollemos primero los frutos del Espíritu, luego los dones (Gál5:22, 23).

Un último concepto dual en relación a la TET. La palabra hebrea para “serpiente” es: NÁJASH, y nos habla de un metal que brilla, como el cobre (NEJÓSHET). Su valor numérico, sumando el valor de cada letra, resulta en 358. Sabemos que la serpiente es tipo del adversario: “La serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (Ap12:9). ¿De quién es el adversario Satanás? Del Señor, del Mesías, del ungido del Padre. La palabra MASHÍAJ, “Mesías” en hebreo, también tiene un valor numérico de 358.

TET, TOV. Bueno eres, Jesús.



## 10. IÓD

La IÓD es la décima letra del alfabeto hebreo, con un valor numérico de 10. Su ideografía era la de una mano, que en hebreo se dice: IÁD. Es la letra más pequeña del alfabeto y se representa como una especie de pequeña coma por encima del renglón base, al cual no toca. La IÓD está suspendida en el aire, como si no dependiera de las dimensiones físicas de tiempo y espacio. La trasciende. La IÓD nos habla en primer término, por lo tanto, de la verdadera espiritualidad. Jesús nos enseña en el evangelio de Juan que “Dios es espíritu” (Jn4:24). El nombre de Jesús y el nombre de Dios comienzan con IÓD, lo cual connota su esencia espiritual en ambos casos: IESHÚA y IÁHUÉH.

Pero esa condición de “exaltación” de la IÓD, como suspendida en el aire en la parte superior del renglón, está acompañada de una pequeña curva o doblez, como si la pequeña letra se humillara. Jesús, exaltado por el Padre hasta lo sumo “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil2:8,9). Esta aseveración del apóstol Pablo concuerda con el precepto de Jesús: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mt23:12).

Si a una IÓD la continuamos con un “palito” hasta hacerla tocar el renglón, se transforma en una VAV, la 6ta letra del alfabeto, que representa al hombre. Jesús, Dios hecho hombre, dejó el cielo para humillarse, para habitar entre nosotros, para tocar el suelo. Él conectó la dimensión espiritual con la física.

Como advertimos, la verdadera espiritualidad y el verdadero poder se manifiestan en la humildad, el perdón, la paciencia, la generosidad. La verdadera espiritualidad no es fría y distante, sino cercana y cálida. El verdadero poder y la verdadera espiritualidad están pautados por la misericordia. En el libro de Números descubrimos de hecho una IÓD agrandada para expresar que grande es la misericordia de Dios: “IGDAL-NÁ” en hebreo (Nm14:17).

La IÓD consta de un solo trazo, no se puede subdividir, cosa que sí sucede con otras letras del alfabeto, como por ejemplo la ÁLEF, compuesta por tres trazos. Esto nos habla de la unidad e indivisibilidad de la IÓD. “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (Dt6:4). Jesús enseñó sobre este, el más grande mandamiento: debemos oír, atender al hecho que Dios es uno.

Sin embargo, esa unidad es de orden complejo. Génesis dice que Dios FORMÓ al hombre del polvo de la tierra (Gn2:7), expresión que en hebreo aparece con una doble IÓD: “VA-I-ITZÉR”. ¿Por qué hay en el texto original 2 IODS? Porque el Padre y el Hijo estaban

trabajando juntos para crear, para formar al hombre. El Padre y el Hijo son la misma sustancia, son uno e indivisibles.

Su palabra, la Torá, es una extensión de su persona, por así decirlo, y ella también es una e indivisible. Jesús dice en Mateo que ni una jota (una IÓD) ni una tilde pasará de la ley (Mt5:18). Si quitamos una IÓD o una tilde de la ley, si minimizamos un solo mandamiento de la Torá, de la Biblia, si lo hacemos a un lado en nuestra vida, también perderemos la autoridad que Dios nos da cuando obedecemos su palabra. El apóstol Santiago confirma las palabras de Jesús: "Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos (St2:10). La Palabra es un todo y la debemos guardar de manera íntegra. Ello sólo lo logra el poder del Espíritu Santo en nuestro corazón, cuando creemos en el sacrificio de Jesús sobre el madero.

La JÉT, la 8va letra nos hablaba del matrimonio, como vimos; en tanto la TET, la 9va letra refería a la gestación de un bebé, resultado de una unión matrimonial. La ÍOD expresa en forma concreta al HIJO, y a su función como Mesías. Él es nuestra roca eterna: "EN el Señor está la fortaleza de los siglos" (Is26:4). La raíz de la palabra "fortaleza" en este pasaje, es la misma que la del verbo "formar" en Génesis 2:7, que recién vimos. Por eso NO dice Isaías que el Señor es la fortaleza, sino que EN el Señor está la fortaleza. Él no sólo es la Roca, sino que Él además creó esa fortaleza de los siglos, o los mundos, para ser más fieles al original hebreo: el mundo presente y el porvenir.

Jesús es el todo, Aquel que todo lo llena en todos... (Ef1:23).



## 11. CAF

Nuestra 11ª letra es la CAF, cuyo valor numérico es 20. Originalmente se representaba como la palma de una mano, y así se le dice en hebreo a la palma de la mano: CAF-IÁD. Simboliza el fruto de nuestra labor, la productividad. En ocasiones, la CAF se escribe con un puntito en el centro.

También se asocia a la CAF con términos como la planta del pie (CAF RÉGUEL), o una cuchara (CAF), entre otros, que son objetos doblados o curvados, como la propia ideografía de la letra. Esto se interpreta como el concepto de discípulo, quien recibe con humildad la enseñanza de su maestro. Recordemos que la letra que antecede a la CAF es la IOD, que representa al Mesías, a la espiritualidad. Para aprender es necesario convivir con el maestro, cosa que los discípulos de Jesús hicieron. Como enseña el profeta Isaías: “mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá” (Is28:10).

Una vez muerto, resucitado y ascendido Jesús, Él envió a su Espíritu, el Consolador, para que habitara en el corazón de sus discípulos y les enseñara todas las cosas (Jn14:15, 16; Hch1:8). La CAF con el puntito adentro ilustra esta verdad espiritual. Ahora el Mesías vive en nosotros mediante el Espíritu Santo, el Rúaj Ha Kódesh.

También la CAF adquiere una representación diferente como sufijo, al final de una palabra (CAF SOFÍT). En esos casos su valor numérico es 500 y su sonido como el de la J en español. Esta CAF SOFÍT funciona como un posesivo. “EL-Ó HEI JÁ”, por ejemplo, es: “TU DIOS”. Es el equivalente a "tuyo" en español, e implica que lo que está en la palma de nuestra mano es nuestro. Sin embargo, el verdadero valor de eso que es nuestro, lo es en tanto proceda de Dios y de su Espíritu. Si la labor de nuestras manos es fruto de esa íntima comunión, entonces es fruto que a vida eterna permanece (Jn4:36). Sólo somos productivos en el reino de Dios si estamos inmersos en el Espíritu. De otro modo, nuestra obra puede ser como el heno o la hojarasca, y el fuego la quemará (1Co3:12-15).

Esta expresión de posesión mediante el uso de la CAF SOFÍT está repetida vez tras vez en el mandato por excelencia que los hijos de Israel recibieron: “Amarás al Señor TU Dios de todo TU corazón, y de toda TU alma, y con todas TUS fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre TU corazón; y las repetirás a TUS hijos, y hablarás de ellas estando en TU casa... y las atarás como una señal en TU mano, y estarán como frontales entres TUS ojos; y las escribirás en los postes de TU casa, y en TUS puertas” (Dt6:5-9). Debemos hacer nuestra la Palabra de Dios. Debemos hacer nuestro al Verbo: el Mesías.

Pero ello requiere trabajo, ardua labor, pasión. Hay que invertir en Dios para hacer nuestros sus preceptos. Lo mismo sucede con instituciones sagradas en la vida como el matrimonio o la iglesia. Hay que dedicarles tiempo para que fructifiquen.

La CAF también se usa como prefijo, antes de una palabra y significa: “de acuerdo a” o “COMO”. “¿Quién COMO tu, oh Señor, entre los dioses? ¿Quién COMO tu, magnífico en santidad?” (Éx15:11). En este sentido volvemos a ver una identificación con lo espiritual, con Dios. Como Él debemos ser. “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”, nos dice el apóstol Pablo (1Co11:1). Desde un punto de vista estructural la letra gemela de la CAF es la BET, son casi idénticas. La BET representa al "BEN", al Hijo, y su valor numérico es 2, en tanto el de la CAF es 10 veces 2: 20. Como sus discípulos, somos llamados a ser imitadores de Jesús.

Por último, un hombre sin Dios está doblado, quebrantado. Sólo la intervención de Dios puede restaurar su vida. La palabra para quebrantados, agobiados, doblegados u oprimidos en hebreo es: KEFUFÍM, y la descubrimos en el Salmo 145: “Sostiene el Señor a todos los que caen, y levanta a los OPRIMIDOS” (Sal145:14). El evangelio de Lucas habla de una mujer que estaba en esta condición de quebrantamiento, y a la que Jesús sana de su azote: “Andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios” (Lc13:11-13).

Sólo Jesús puede restaurarnos a nuestra condición original, a la identidad de hijos. Como Él debemos ser. Él es nuestro Maestro. Sin Él nada somos, y todo lo que somos es por Él.



## 12. LÁMED

La LÁMED tiene un valor numérico de 30, edad en la que Jesús inicia su ministerio (Lc3:23) y comienza a hacer discípulos. Su pictografía original nos recuerda una agujada de bueyes (la vara con punta de metal con que se pica la yunta de bueyes). El libro de los jueces habla de un juez: “Samgar hijo de Anat, el cual mató a seiscientos hombres de los filisteos con una agujada de bueyes, y él también salvó a Israel” (Jue3:31). La palabra para agujada es: MALMÁD. De la misma raíz tenemos otros 2 términos en hebreo: LILMÓD, o aprender; y TALMÍD, discípulo. Como advertimos, los 3 se relacionan con el estudio de la Torá. La Torá es como una agujada que nos guía por el camino recto. La Torá nos enseña el camino. Como creyentes en Jesús, somos discípulos de La Torá, de la Palabra, del Verbo, y nuevos discípulos, es deseable forjemos.

El estudio de la Torá se relaciona directamente con Dios. Con Él nos conecta y con el prójimo, pues el primer mandamiento es amar a Dios por sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Lv19:18). El hacer discípulos es la tarea que abarca al prójimo y evidencia ese amor.

En la estructura de la LÁMED advertimos la unión de otras 2 letras: la VAV, cuyo valor numérico es 6; y la CAF, cuyo valor numérico es 20. 26 es el valor numérico del nombre de Dios en hebreo: “YÁHUÉ”. Interpretamos por lo tanto, que la LÁMED está ligada a Dios de manera estrecha, así como el estudio de la Palabra nos vincula con Dios. También con el prójimo, pues la CAF, recordemos, representaba a la productividad, y como fieles seguidores del Maestro, se espera “produzcamos” muchos TALMIDÍM, o discípulos.

La LÁMED es también la letra más alta, como el discipulado de Jesús es el más alto llamado en la vida de un hombre. La LÁMED está además en el centro del alfabeto, es el centro de la espiritualidad, nuestra ulterior identidad: ser discípulos de Jesús y un cuerpo con los demás hermanos en la fe.

Israel, el nombre del pueblo escogido, comienza con una IÓD, la letra más pequeña, y termina con una LÁMED, la letra más alta o más grande. Cada hijo de Dios, por pequeño que sea, es llamado a ser grande en el Reino del Padre, en la medida que sea un buen discípulo, un fiel hacedor de la Palabra, como Jesús enseñó: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mt5:19).

Así como el vocablo Israel comienza con una IÓD, tipo del Espíritu, y culmina con una LÁMED, tipo del discipulado y el estudio de la Torá, así nuestra vida nueva comienza en el encuentro espiritual con Jesús, mediante el nuevo nacimiento por fe, y crece a través del estudio de la Biblia (Jn3:3). De esa forma logramos madurez y somos completos en Dios:

“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”, es decir: en su gloriosa Segunda Venida, cuando los muertos resuciten y los creyentes sean arrebatados con Él en el aire (Fil1:6; 1Ts4:16,17). El término Israel es, en síntesis, una pintura que ilustra el trabajo que el Padre obra en un creyente a lo largo de su vida.

Mientras que la primera letra del Pentateuco en Génesis es una BET (BERESHÍT, o: "En el comienzo"), la cual representa al Hijo; la última letra es una LÁMED, contenida en el término ISRAEL, con el que el libro de Deuteronomio finaliza (Dt34:12). La historia de redención de la humanidad involucra un pacto que comienza con el Hijo, Jesús, y finaliza con la novia, Israel. Esto también nos invita a meditar sobre el valor trascendente del pacto sagrado del matrimonio entre un varón y una mujer.

Para finalizar, digamos que estas 2 letras con las que la Torá comienza y finaliza: la BET y la LÁMED, constituyen la raíz del término corazón en hebreo: LEV. La Torá comunica el corazón de Dios. El Mesías es el corazón de la Torá.



### 13. MEM

La MEM es la letra número 13 del alfabeto y 40 es su valor numérico. Tiene una forma diferente cuando va al fin de una palabra. Es lo que se conoce como MEM SOFÍT, y su valor numérico es 600. La pictografía antigua de la MEM es una imagen del agua, que en hebreo se dice: "MÁIM" o "aguas", pues se expresa en plural, siempre.

Identificándose con el agua durante una edición de la fiesta de los tabernáculos, Jesús dijo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Jn7:37). El agua recogida en un cántaro en el estanque Siloé durante el último y gran día de esa fiesta por aquel entonces, se derramaba sobre el altar tipificando la regeneración, el nuevo nacimiento. El sacerdote ascendía desde el estanque al templo en medio de la algarabía del pueblo, al son de bocinas e instrumentos de música. Su ascenso y descenso esconde un paralelismo sorprendente con el Mesías, quien "descendió" en su Encarnación, abandonando la Gloria que compartía con el Padre (Jn17:5), situación a la que retornó tras su Resurrección, en su Ascensión (Hch1:9).

Las aguas vivas son además una referencia a las profecías de Ezequiel (Ez47:1) y Zacarías (Zac14:8), en torno al agua de vida que fluirá desde la nueva Jerusalén, en el mundo por venir. El Apocalipsis habla de este reino milenial, que será establecido por la Segunda Venida de Jesús, cuando vuelva en las nubes del cielo, también compuestas de agua... (Ap1:7). La dinámica de descenso y ascenso quedará planteada una vez más en esa instancia.

A nivel estructural la MEM se compone, lo mismo que la LÁMED, de una CAF y una VAV, letras cuyo valor numérico sumado resulta en 26, igual al valor numérico del nombre de Dios. La MEM se relaciona de manera estrecha con Dios. Por eso la emparentamos en su forma abierta con el mensaje de la cruz, fácilmente comprensible, diáfano, sencillo. Pero hay otros aspectos de la persona de Jesús, velados a simple vista, parte de una dinámica no tan aparente. De ello nos habla la MEM SOFÍT, que es la MEM en su forma cerrada.

Esta MEM SOFÍT parece un cuadrado o un cubo perfecto, tipo también de la gran ciudad en el mundo por venir, según lo describe el Apocalipsis: "La gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios... establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura" (Ap21:10; 16). La última palabra de este mismo libro, con la que concluye la Torá, es: "amén" (Ap22:21), que en hebreo se escribe al final con MEM SOFÍT. Es una MEM cerrada, es la consumación de la historia de redención de la humanidad.

Existen otras referencias escriturales que asocian la MEM con la ciudad santa o con sus muros: "Y observé los muros de Jerusalén, que estaban derribados, y sus puertas que estaban consumidas por el fuego" (Neh2:13b). Algunos interpretan este pasaje de

Nehemías como una profecía velada sobre la destrucción de los muros tras haber sido reedificados al retorno del cautiverio babilónico hacia el año 522AC. En el 70DC, unos 600 años más tarde, los muros fueron en efecto destruidos por los romanos. La descripción del profeta Nehemías es una visión tácita del insuceso. Lo curioso del pasaje y que da lugar a esta interpretación, es que existe una MEM SOFÍT en la expresión: “HEM PRUTZÍM” o: “ELLOS (los muros) DERRIBADOS”. La MEM al final de la palabra “ellos” o HEM, está escrita como si no fuera una MEM SOFÍT. Aparece como una MEM común, abierta, no cerrada, tipificando la brecha que 6 siglos después abriría el muro, destruyéndolo.

Un caso contrario apreciamos en Isaías 9:6,7, donde una MEM a mitad de palabra aparece escrita como si fuera una MEM SOFÍT, cerrada. La palabra es “MARBÉ”, en referencia a lo “dilatado” del reino del Mesías, quien nacería, según otra profecía de Isaías, de una virgen, de un vientre cerrado: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz a un niño, y llamará su nombre Emanuel” (Is7:14). Hoy día algunos judíos argumentan que el término original se refiere a una joven, una doncella, aunque no necesariamente virgen. Sin embargo, la Septuaginta, traducción de las escrituras hebreas al griego realizada por 72 sabios del judaísmo para alcanzar a los judíos helenizados hacia el año 200AC, donde cada término fue cuidadosamente seleccionado, oración mediante, usa el término griego “párthenos”, literal para virgen, no sólo una joven doncella. El Espíritu de Dios no se equivocó al inspirar al escriba con aquella MEM cerrada en el medio de una palabra, en referencia a la naturaleza divina del Mesías. Jesús provino de una matriz cerrada.

Para finalizar, digamos que la palabra Egipto en hebreo es: “MITZRÁIM”, que literalmente significa: doble problema, doble tribulación o atadura. El término MITZRAÍM empieza con una MEM abierta y termina con una MEM SOFÍT, o cerrada. De ahí la enseñanza de esta letra respecto a las adicciones, al pecado, a Egipto. Toda adicción se presenta como una puerta de entrada, abierta, de la cual cuando queramos, se supone, podremos salir. No obstante, esa MEM abierta es la puerta a un callejón sin salida, pues termina en una MEM SOFÍT, cerrada. Así es el pecado, y así son las adicciones, verdaderas ataduras de las que sólo Dios, mediante la sangre del Cordero puede librarnos, como libró a su pueblo de manos de Faraón en Egipto mediante la sangre derramada de los corderos en aquella primera Pascua (Éx12).

Concluimos que la MEM, en su composición estructural, valor numérico y uso en diferentes términos, también nos dirige en forma precisa al Mesías, como cada otra letra del alfabeto hebreo. Jesús, tú eres el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn1:29); tu eres el Alfa y la Omega, el primero y el último... (Ap1:11).



## 14. NUN

La 14ª letra del alfabeto hebreo es la NUN. Al fin de una palabra se la denomina NUN SOFÍT. Al observar el trazo de la NUN, advertimos a alguien sobre sus rodillas y la mirada al cielo. Es la postura adoptada ante la letra precedente, la MEM, tipo del Mesías. Así es la vida del creyente: si se humilla ante el Mesías, se erguirá. Jesús lo enseña en el Evangelio según San Mateo: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mt23:12). Él mismo dio el ejemplo, pues habiendo sido manso, humilde y obediente hasta la muerte, ha sido exaltado hasta lo sumo (Mt11:29; Fil2:9).

En su pictografía primaria la NUN era un pez. Recordemos que la letra anterior, la MEM, representaba al agua. Los peces viven en el agua, como nosotros los creyentes vivimos en el Mesías. No fue casualidad la promesa que Dios le hizo a Jacob, el padre de las 12 tribus de Israel, que su descendencia sería como los peces del mar. El término “multiplíquense” en Génesis 48:16, remite a pez y “desovar” en el original hebreo, como desovan los peces en el agua. Esta promesa está dirigida a los 12 hijos de Jacob y en particular a sus nietos Efraín y Manasés (Gn48:16).

Estas 2 tribus y otras 8 fueron esparcidas hacia el año 722AC tras el cautiverio asirio, y su descendencia se “perdió” entre las naciones, contrariamente a la mayoría de la descendencia de las 2 tribus restantes, Judá y Benjamín, que retuvieron en esencia su identidad judía hasta el presente (aún después del cautiverio babilónico y la diáspora), siendo lo que hoy conocemos como judíos. De ahí entendemos que millones de descendientes israelíes de las otras 10 tribus y otros tantos de estas 2 (que también perdieron su identidad tras ese cautiverio babilónico y la diáspora), quedaron escondidos entre las naciones como peces en el mar, hasta que el Mesías vino a rescatarlos mediante sus discípulos, pescadores de oficio en su mayoría.

La NUN nos habla de Jesús en 6 formas:

1) El nombre de Jesús en hebreo es YESHÚA, una forma corta de YEHOSHÚA o Josué, nombre que significa: “salvador”. El caudillo Josué, sucesor de Moisés, fue hijo de Nun, tipificando la vida abundante y el crecimiento prolífico, tal y como sucedió con la descendencia de Israel a través de sus 12 tribus (las de Efraín y Manasés, en manera especial, como vimos). Los discípulos del Señor, los creyentes en Jesús a quienes los apóstoles “pescaron”, han venido a ser, a lo largo de 20 siglos, como la arena del mar y las estrellas del cielo. A los primeros cristianos se los identificaba con el símbolo del pez, acróstico en griego para la frase: JESÚS CRISTO DIOS y SALVADOR, sí, pero además de hondo significado en relación a la descendencia de Israel, que como vimos, sería como los peces del mar.

En el Evangelio de Juan, Jesús usa la metáfora de las ovejas para hablar de esto mismo a sus discípulos: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (Jn10:16). La referencia no era sólo a la descendencia helenizada de Judá y Benjamín, sino a la descendencia gentilizada de Efraín, Manasés y las otras 8 tribus del norte. ¿Quiénes constituyeron aquellos que oyeron la voz del Mesías y se convirtieron entonces? Los gentiles, claro. Lo que conocemos como gentiles, pero quienes en su inmensa mayoría eran judíos helenizados o efraimitas gentilizados, descendientes todos de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, el padre de la fe. Por eso nosotros la iglesia somos hijos de Abraham. No sólo porque como Abraham creemos por fe, sino porque el ADN de Abraham corre por nuestras venas, literalmente.

2. El valor numérico de la NUN es 50. 50 es el número del jubileo, (IOVÉL) el año agradable del Señor en el que se perdonaban las deudas, se libraba a los cautivos y se devolvían las tierras a los dueños originales (Lv25). Jesús es el último jubileo. Él es la quintaesencia del número 50. “El Espíritu del Señor está sobre mi, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Lc4:18, 19).

3. El Salmo 72 declara: “Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol” (Sal72:17). En hebreo la expresión “perpetuará” o “regirá” es INÓN, que como vemos, contiene la NUN en sus 2 formas. La multitud judía sabía que uno de los nombres del Mesías era este, y por eso le preguntan a Jesús en el evangelio de Juan: “Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre” (Jn12:34).

4. NUN es el título del heredero, del siguiente. El Mesías es el heredero al trono del rey David y la nación de Israel. Él es el Hijo, el “BEN”, palabra que finaliza en NUN SOFÍT también. El Hijo nos habla de la continuidad de la familia. Por eso la NUN involucra, aparte del unigénito (que es Jesús), a los otros hijos. La NUN habla de la iglesia, de los creyentes en el Mesías. La palabra “fiel” en hebreo es: NEEMÁN, de cuya raíz proviene también el término “creyente”: MAAMÍN. Otro término que termina en NUN apunta al mismo concepto: LAMDÁN, que sería algo así como el eterno estudiante, el que vive estudiando. Citando el Salmo 1, es aquel de quien se dice: “En la ley del Señor está su delicia, y en su ley medita de día y de noche”; el justo (Sal1:2).

5. En 3 ocasiones en el Antiguo Testamento, a Israel se le denomina con una palabra que también finaliza en NUN SOFÍT: IESHURÚN (Dt32:15; 33:5,26; Is44:2). Es un sobrenombre que proviene de la raíz IESHÁR y que significa: quien practica la justicia, quien está por encima del nivel del suelo, quien llama a las cosas por su nombre. Jesús es el justo por excelencia, el que practica justicia (Heb3:2).

6. Finalmente, Jesús es un rey potencial, pero no aceptado a nivel nacional. Lo mismo le sucedió al rey David, quien habiendo sido ungido por el profeta Samuel de parte del Altísimo, enfrentó persecución y fue innominado antes de ser levantado rey. Una vez más advertimos el binomio: humillación-exaltación del que hablamos al comienzo de la

descripción de la NUN. En ese glorioso día por venir, como lo declaró el profeta Zacarías hacia el año 500AC, los judíos no conversos aún: “mirarán a mi a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito” (Zac12:10b). Y tras su arrepentimiento y conversión de alcance nacional, estarán con el Cordero sobre el monte Sión, cantando delante de su trono (Ap14: 1-5).



## 15. SÁMEJ

Nuestra 15ª letra es la SÁMEJ, cuyo valor numérico es 60. En su pictografía original se representa como una especie de cerco, significando apoyo, sostén, contención.

La SÁMEJ nos habla de matrimonio. La primera vez que aparece una SÁMEJ en la Escritura es en relación a un ser viviente, cuando la Palabra declara que “CERRÓ” Dios (SEGÁR) la costilla de Adán: “Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y CERRÓ la carne en su lugar” (Gn2:21). La mujer es un soporte vital para el varón. Ella rodea a su esposo con amor.

En la ceremonia matrimonial judía, la novia da 7 vueltas alrededor del novio, tipificando una muralla a su alrededor y la ayuda idónea que lo define, que completa su identidad, por así decirlo.

Al tiempo que Jesús, como una SÁMEJ es el ulterior apoyo en la vida de un creyente; ese creyente, la iglesia, como Su novia, en torno a Él vive: “Porque en Él vivimos, y nos movemos y somos... porque linaje suyo somos” (Hch17:28).

Por otro lado, como una SÁMEJ Dios rodea, envuelve, apoya, contiene, protege a los suyos, a sus hijos, a su pueblo, a su amada nación y a Jerusalén, su capital eterna e inmutable. Les da identidad, los empodera. Es un aspecto maternal en la paternidad de Dios, podría definirse.

Por último advertimos que la SÁMEJ es una letra redonda, cerrada, en alusión al infinito. Así es nuestro Creador, sin principio ni fin y quien trasciende al ser humano. Él es ÉIN-SOF, o “sin fin”. Como lo declara el Salmo 125: “Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella, así el Señor está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre” (Sal125:2).

Y como la SÁMEJ, el Señor Jesús es infinito: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Ap22:13).



## 16. ÁIN

Nuestra 16<sup>o</sup> protagonista es la ÁIN, cuyo valor numérico es 70 y cuya pictografía antigua era un ojo, simbolizando la visión espiritual. La palabra ojo en hebreo, es de hecho: “ÁIN”. Para tener una perspectiva dimensional, necesitamos 2 ojos, como las 2 puntas en las que termina una ÁIN en su trazo. Pero no sólo es ÁIN la palabra para ojo en hebreo, sino que también refiere a una fuente.

Jesús constituye ambas cosas en la vida de un creyente: su visión espiritual y la permanente fuente de bendición. De esto habla la carta a los Hebreos cuando dice: Jesús es “la imagen misma de su sustancia (de Dios) y quien sustenta todas las cosas” (Heb1:3). Él es la fuente de todas las cosas.

Estructuralmente la ÁIN está formada por una IOD y una ZÁIN, letras que como ya describimos representan al Espíritu de Dios y la Escritura, respectivamente. Para tener visión espiritual necesitamos ambos: el Espíritu de Dios y el conocimiento de la Palabra. En Jesús el Mesías habitan el Espíritu y la Palabra en plenitud. Él es la encarnación de ambos. Y a través de Él, ese Espíritu y su Palabra fluyen en nuestra vida. Él es la fuente en la que somos inmersos, quien nos bautiza con fuego (Mt3:11).

Una segunda interpretación advierte en la composición estructural de la ÁIN 2 letras diferentes: una NUN y una VAV, las cuales simbolizan, como también lo analizamos, al creyente fiel y al Mesías, respectivamente. La visión espiritual proviene necesariamente de la comunión del creyente (de quien se requiere fidelidad, disciplina en su discipulado, deseo de vivir junto al Señor de manera constante), con el Mesías. Él es la fuente de toda luz.

Esa visión espiritual que Dios nos da, involucra una misión que tengo que cumplir. “Te bendeciré para que seas bendición” es la máxima mediante la que el poder de Dios fluye (Gn12:3b). Este proceso lleva tiempo, no es de un día para el otro, lo cual vuelve el logro de esa meta, seguro. Porque si Dios me diera visión espiritual para alcanzar algo, e inmediatamente lo lograra, me envanecería, no lo compartiría ni bendeciría al prójimo. Sabio es el Señor. Su visión excede la nuestra (Is55:9).

También podemos advertir en la IOD, tipo del Mesías, al reino milenial y el mundo porvenir; en tanto en la NUN reconocemos al creyente, que está ligado a este mundo presente. La verdadera perspectiva de lo que la historia es, de lo que la vida es, está en esta visión “doble”, integral: lo natural y lo espiritual; el mundo presente y el porvenir. Caer en cualquiera de los 2 extremos en este tiempo, desatendiendo el otro, es no tener la perspectiva visual adecuada. O nos volveremos místicos, atendiendo sólo a lo espiritual, o nos volveremos materialistas, atendiendo sólo lo natural. Sansón ejemplifica el punto. Él

primero perdió la visión espiritual, lo que al final le costó la pérdida del sentido de la vista, pues los filisteos le quitaron los ojos.

Tanto la ÁIN como la de la ÁLEF, la primera letra del alfabeto, son letras mudas, no suenan. Son como nuestra H en español. Una representa la visión espiritual, y la otra el poder espiritual. Estos son “silenciosos”, invisibles a los ojos naturales. Cuando el Señor, la ÁLEF, el poder espiritual, viene a nuestra vida, Él nos da ojos, visión espiritual: la ÁIN, con lo cual entendemos lo transitorio de la vida: “No mirando nosotros las cosas que se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2Co4:18).

Otra forma de explicar esto es al advertir que si a la palabra AÍN, “ojo”, en lugar de escribirla al comienzo con AÍN, (que es como esa h en español), la comenzamos con ÁLEF (que es como otra h), la palabra resultante será ÉIN: “nada” “vanidad”. Ya que la letra ÁLEF simboliza a Dios, la lección es que cuando Dios, la ÁLEF, entra a nuestra vida, recién entonces entendemos que lo que vemos con el ojo natural (ÁIN= OJO), es nada, es vanidad. Con Dios, dimensionamos la realidad en su punto justo. Y en Dios, ya no caminamos por vista, sin por fe, “porque por fe andamos, no por vista” (2Co5:7). Abraham es el padre de la fe, y Jesús es el autor y consumidor de la fe (Heb12:2).

En el capítulo 20, Apocalipsis habla muy claramente de la edad venidera, del milenio, lo que en hebreo se conoce como el ATÍD LAVÓ. También se lo denomina: IOMÍM MASHÍAJ, o los días del Mesías. IÓM YAKULÓT SHABÁT, o el día que es todo un Shabat, sería una tercera forma de referirse al tema. Recordemos que ya han transcurrido 6 mil años desde Adán y Eva, con lo que al presente, nos adentramos en el séptimo milenio. El establecimiento del reino milenial con el Mesías Príncipe, está a las puertas.

Los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis hablan del período posterior al milenio, lo que en hebreo se denomina: OLÁM HABÁ, el mundo porvenir. 12 capítulos en el Antiguo Testamento hablan de estos 2 períodos muy claramente (el milenio y la edad posterior al reino milenial): Zacarías 14, Isaías 65 y 66, y Ezequiel capítulos 40 al 48.

El hecho que la AÍN sea una de esas letras en hebreo a las que en ocasiones se les coloca una “coronita”, nos habla de que los que poseen la ÁIN, aquellos que tienen visión espiritual, lideran o gobiernan como los reyes, o sus hijos los príncipes. Tienen visión espiritual para discernir lo bueno de lo malo, tienen sabiduría. La fusión del Espíritu y la Palabra resulta en un poder para establecer el reino de Dios, como Jesús lo hizo mediante sus discípulos. Con ellos, Jesús partió la historia de la humanidad en 2. Lo mismo puede hacer con tu vida y con la mía, y a través nuestro, con la del prójimo.



## 17. PÉI

Su forma pictográfica más antigua era la de una boca. La PÉI nos enseña acerca de la comunicación. Cuando el Señor le habla a Moisés cara a cara por primera vez, el patriarca tenía 80 años, que es el valor numérico de la PÉI (Éx7:7; 33:11<sup>a</sup>). De Jesús, el “otro” profeta, nos dicen los evangelios que cuando comenzó a predicar, era de 30 años (Lc3:23). Estructuralmente la PÉI se compone de una IÓD y una CAF. ¿Será casualidad que el valor de estas 2 letras, la IÓD (10) y la CAF (20) sumados, nos da 30, como la edad del Maestro cuando inició su ministerio público, cuando palabras de vida comenzaron a emanar de sus labios?

Así está profetizado en el libro de Deuteronomio: “Profeta les levantaré en medio de sus hermanos, como tú (Moisés); y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta” (Dt18:18,19).

Otro nivel de interpretación evidencia que cuando tu copa (simbolizada por la CÁF), está llena del Espíritu (simbolizado por la IÓD), entonces eso saldrá de tu boca, de tu PÉI. Nuestras bocas fueron creadas para alabar al Creador. Ellas no deberían proferir insultos si su fuente es el Espíritu de Dios, como lo declara el apóstol Santiago: “Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?” (Stg3:9-11).

La letra que antecede a la PÉI en el alfabeto es la ÁIN, una de cuyas acepciones es “fuente”. Como judío, quizá el apóstol Santiago pensó en esto cuando el Espíritu lo inspiró para que escribiera este concepto. También la ÁIN implica visión, como compartimos en la nota anterior. Ello nos invita a discernir cada situación, antes de emitir un juicio de valor con nuestros labios. Además, debemos examinar nuestros pensamientos antes de ponerlos en palabras. Y debemos chequear la fuente, antes de compartir una enseñanza.

La PÉI tiene una forma regular, cerrada, y una forma final o SOFÍT, abierta. Los sabios del judaísmo advierten en este detalle que, como enseña el sabio Salomón en el Eclesiastés, hay: “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Ecl3:7).

Finalmente, digamos que la tradición judía también ve en la forma actual de la PÉI, a un pájaro en una jaula, una figura del Mesías antes de ser liberado, o resucitado. En el Antiguo Testamento existía un sacrificio para la limpieza del leproso, que se hacía con 2 aves, una moría, mientras la otra se dejaba en libertad (Lv14:7). Jesús es el Mesías, Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Su sangre limpió nuestra lepra, nuestro

pecado, y en su resurrección (en tanto elijamos creer en Él), está comprendido nuestro vuelo a la vida eterna.



## 18. TSÁDIK

La TSÁDIK, nuestra letra número 18, tiene un valor numérico de 90 y 900 en su variante SOFÍT, o final. Representa un gancho en su pictografía antigua, y proviene de la raíz de la palabra “cazar” (LATSÚD) en hebreo. A su vez, TSADDÍK en hebreo significa: “justo”. En base a estos 2 significados la TSÁDIK nos enseña sobre la atracción (por el tema del gancho) que ejerce la justicia, sobre los justos o rectos, y sobre Él Justo.

Respecto a la primera connotación, digamos que la palabra “justicia” en hebreo es: TSEDAKÁ. La verdadera justicia nos atrae hacia ella, como un imán, como un gancho. Jesús poseía ese tipo de personalidad y prédica que atraía. Dicen los evangelios que multitudes lo seguían. Él es el Verbo, y su Palabra nos atrae de igual forma. De sus propios labios escuchamos en el evangelio de Juan antes de su crucifixión, resurrección y ascensión: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mi mismo” (Jn12:32). Él es el novio que en palabras de Salomón, hacia sí mismo nos atrae: “Atráeme... en pos de ti correremos... nos gozaremos y alegraremos en ti” (Cnt1:4).

Respecto a la segunda connotación, vemos que estructuralmente la TSÁDIK se compone de otras 2 letras del alfabeto: la NUN, que representa al creyente, al hombre o la mujer humilde con su rostro al cielo, y la IÓD, tipo del Espíritu de Dios. Así entendemos que la TSÁDIK nos habla de un hombre o una mujer humilde, sobre quien reposa el RÚAJ, el Espíritu de Dios; un justo o una justa, un santo o una santa. Más todavía cuando la TSÁDIK tiene esa coronita que en ocasiones algunas letras del alfabeto hebreo portan. Ello es símbolo de la autoridad espiritual que sólo puede nacer de una vida vivida en Dios.

Cuando en el mundo judío uno necesita oración por una situación compleja, como pudiera ser una enfermedad, es usual recurrir a un TSADDÍK, a un justo, a un santo, para que interceda por nosotros. Llamamos a un justo, para que pida por nosotros. De esto habla el apóstol Santiago: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg5:14-16).

Como vemos, la oración de un TSADDÍK, de un justo, puede mucho. También podemos decir, concatenado con este concepto, que la letra TSÁDIK en su forma es como el espejo y el equivalente femenino de la ÁLEF, la 1er letra del alfabeto, que simboliza a Dios. Los TSADIKÍM, los justos, los apartados, los santos, la iglesia, somos entonces la novia de Dios: “Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones JUSTAS de los SANTOS” (Ap19:8).

Ahora, ¿quién es Él justo? ¿Quién es aquel TSADDÍK que puede interceder por nosotros en todo tiempo ante cualquier necesidad que tengamos? Ananías, un judío piadoso nos da la respuesta en sus palabras al recién convertido apóstol Pablo: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al JUSTO, y oigas la voz de su boca” (Hc22:14). Ananías hablaba del Señor Jesús. En palabras del Apóstol Juan: “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el JUSTO” (1Jn2:1b). Agrega el Apóstol Pablo en su carta a Timoteo, andado el tiempo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1Ti2:5).

Ahora, en su forma SOFÍT o final, la TSÁDIK ya no está como de rodillas, sino en pie y con los brazos en alto. Esto nos habla del mundo por venir. Hoy vivimos en humildad, “inclinados”, pero en aquel día, aún si humildes, estaremos de pie y junto al Señor reinaremos. Así lo expresa el apóstol Pablo: “Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2Ti4:8). El Salmo 32 refrenda el concepto: “Alegraos en el Señor, y gozaos, justos, y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón” (Sal32:11). El cielo a Jesús ha recibido, “hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas que habló Dios por boca de sus santos profetas” (Hch3:21). Recién entonces se concretará la Segunda Venida del JUSTO, con Él nos desposaremos y a su lado los JUSTOS a perpetuidad permaneceremos.



## 19. KUF

KUF, 19ª letra de las 22 del alfabeto hebreo; y ella también revela al Mesías. Su pictografía original tipifica tanto una cabeza como una aguja. Su valor numérico es 100 y está relacionada con la palabra KÓDESH, santo, santidad. Se han encontrado vasijas sagradas para el uso en el templo de Salomón con una inscripción de una KUF como sello distintivo por su uso con fines religiosos, apartado, santo. El concepto de santidad en hebreo remite a apartar, dedicar algo para un propósito específico.

La KUF se compone de 2 trazos separados, lo cual nos enseña sobre la separación que existe entre Dios (santo), en contraposición a todo lo que se le opone. Sin embargo, en Éxodo 32:25 descubrimos en el texto original una KUF de un solo trazo en el término BEKAMEIHÉM (“entre sus enemigos”), que indica el colapso en la naturaleza santa de Israel, cuando se habían apartado tras el becerro de oro, a la usanza de los ídolos de Egipto, de donde habían sido liberados a través de Moisés. Lo santo y lo profano no cohabitan. Si se juntan, de manera irremisible se producirá un colapso. La Biblia dice que “Dios es santo” y que sin santidad nadie lo verá (Heb12:14). También por eso cuando el pecado del mundo fue cargado sobre Jesús en el madero, él clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt27:46). Literalmente el Padre le dio la espalda al Hijo en ese instante. Dios no puede cohabitar con el pecado.

En los 2 trazos de la KUF podemos advertir otras 2 letras. Una VAV, tipo del hombre, bajo una CAF, tipo de la mano de Dios, por ejemplo. Esto nos enseña que debemos estar sujetos bajo el poder del Padre, bajo su guía e instrucción. Debemos caminar de su mano, obedeciéndolo. Como Jesús le pidió al Padre antes de marchar: “guárdalos en tu nombre” (Jn17:11). Que como iglesia vivamos bajo la cobertura de Dios.

También podemos advertir en uno de los 2 trazos de la KUF a una ZÁIN además de la CAF, tipificando el sometimiento de la obra de nuestras manos (CAF), al Shabat (ZÁIN). Un componente de la santidad es apartar o dedicar un día a la semana a Dios. Todas las herramientas o armas de nuestro trabajo deben someterse al poder del Altísimo, y aún nuestra propia persona con todas las debilidades que la componen (enemistades, pleitos, celos, envidia, ira, excesos sexuales y de sustancias adictivas, falsas creencias, etc. Gá5:19-21). Es interesante que la palabra mono en hebreo se escriba con KUF: KOF. La esencia de la santidad es superior a la naturaleza animal que sin Dios nos caracteriza.

En una tercera línea interpretativa, los 2 trazos de la KUF revelan una ZÁIN bajo una RÉISH. Al juntar estas 2 letras formamos varias palabras en hebreo, las cuales arrojan más luz sobre el concepto de santidad. ZER, por ejemplo, significa borde. Encontramos el término en la descripción del arca del pacto en el libro de Éxodo: “Y la cubrirás de oro puro, y le harás una CORNISA/MOLDURA (ZER) de oro alrededor” (Éx25:24). Ese ZER,

borde, o límite es esencial para vivir en santidad. El arca representaba la presencia misma de Dios, y esa presencia pauta cómo vivir en santidad.

Otra palabra que se forma al juntar una ZÁIN y una RÉISH, es ZAR, que significa extraño, extranjero. Dios dice que el extraño que se acerque a su presencia morirá (Nm1:51; 3:10; 3:38). La enseñanza es no sólo no alejarnos del camino de santidad, no practicar el pecado, sino tampoco acercarnos a prácticas, lugares o personas que puedan influir para alejarnos de la senda correcta. Si lo hacemos, arriesgamos volvernos extraños, extranjeros para Dios, y Él no nos recibirá. En palabras del apóstol Pablo: “Todo me es lícito, pero no todo conviene, todo me es lícito, pero no todo edifica” (1Co10:23).

Otro término que resulta de la combinación de las letras ZÁIN y REÍSH es la palabra RAZ, secreto o misterio. La santidad tiene que ver con la modestia, con no revelarlo todo de nosotros o nuestras acciones. “No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha”, dice Jesús en cuanto a dar limosna, por ejemplo (Mt6:3).

Respecto a cómo la santidad connota a Jesús, recordemos que Él es aquel “El cual no hizo pecado ni se halló engaño en su boca (1P2:22; Is53:9). Él es nacido de Dios, engendrado en el vientre de María de manera directa, sin la intervención de la simiente de varón (Lc1:35). Lucas se refiere a Jesús en el libro de los Hechos como “al Santo” (Hch3:14). Y a través de su mano, el Espíritu Santo nos es impartido (Hch1:8; 2:3). Jesús es KÓDESH, Santo, y su asamblea de creyentes también.

En este sentido, no podemos dejar afuera el término TEKUFÁ, o ciclo. La santidad se conecta con los ciclos de Dios, con el tiempo señalado de su juicio y redención. Esto aplica a las festividades solemnes que Dios ordena guardar en tiempos señalados a los hijos de Israel en el desierto. Ellas son ricas en su simbología mesiánica, apuntando a la primera venida de Jesús, como siervo sufriente, Salvador de la humanidad mediante su muerte en la cruz; y a su Segunda Venida, como Rey de reyes y Señor de Señores (Lv23; Dt16).

Finalmente digamos que en su estructura, uno de los trazos de la KUF llega hasta la base del renglón, y sigue hacia abajo. Así es la santidad. Ella edime. La santidad es amor en acción que venido del cielo llega al caído en el suelo, lo toca, lo alcanza. Jesús es Él Santo, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn1:29). Su santidad nos ha redimido.



## 20. RÉISH

Nuestra 20ª letra es la RÉISH, cuyo valor numérico es 200 y tipifica una cabeza en su pictografía antigua, una ROSH, en hebreo, símbolo de liderazgo.

La RÉISH es además la letra que sigue a la KUF. Aquella simbolizaba la santidad, en tanto esta la maldad. RASHÁ es la palabra hebrea para referirse a lo perverso. Aún la pictografía actual de la REÍSH la muestra como dándole la espalda a la KUF, pues la maldad se opone a la santidad. Pero a su vez, la REÍSH se abre hacia la izquierda, indicando la posibilidad que el arrepentimiento nos brinda de volvernos de nuestros perversos caminos.

También la palabra RASH en hebreo se relaciona con la pobreza, la superficialidad, lo llano, lo simple, los menesterosos, como en el Salmo 82, por ejemplo (Sal82:3). Fuera de los parámetros pautados por Dios en la Biblia, nuestra vida se torna pobre, superficial, llana, en todos los sentidos. Del mismo modo, si sólo nos guiamos por el razonamiento, por nuestra mente, y hacemos a un lado la santidad y la rectitud, tipificadas por las letras que anteceden a la RÉISH, nos empobrecemos; nos volvemos seres materialistas que no desarrollan la espiritualidad. En el pensamiento griego (que rige a occidente hoy día), no se hace sin entender, pero en el pensamiento hebreo se hace para entender. Pienso luego existo es la idiosincrasia griega; haz y entenderás, la hebrea. Es el camino de la fe.

El apóstol Pablo, o Saulo de Tarso, sirve tanto a la imagen del liderazgo que la RÉISH connota, como al concepto de maldad. Él perseguía a los cristianos y presenciaba sus ejecuciones (Hch8:3; 9:1), pero tras su encuentro con el Señor camino a Damasco (Hch9), se arrepintió, su vida dio un giro de 180 grados, se volvió un líder entre los santos de la iglesia primitiva, y por su intermedio el evangelio llegó a todo el mundo conocido del primer siglo DC, tal y como había sido profetizado: “Instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hch9:15).

La 4ta letra del alfabeto hebreo, la DÁLET, es angular, fuerte, es una letra que no admite “negociación”. La RÉISH es muy parecida, pero su ángulo no es recto, sino curvo, tipificando la contemporización, el acomodarse a las circunstancias, el transigir, la ausencia de compromiso. En Deuteronomio encontramos en los manuscritos antiguos una DÁLET agrandada en la palabra EJÁD, o UNO en hebreo, cuando dice: “Oye Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor UNO (EJÁD) es” (Dt6:4). Esa DÁLET final agrandada no deja dudas respecto a que estamos ante una DÁLET. Si por confusión alguien leyera en hebreo una RÉISH al final de ese término, en lugar de EJÁD, leeríamos: AJÉR. El versículo leería entonces: “Dios es OTRO (AJÉR)”. Parafraseando, diríamos: “Oye Israel, el Señor nuestro Dios, es un dios más, un otro dios”.

Por la misma razón, en Éxodo descubrimos una RÉISH agrandada en el término AJÉR cuando dice: “No te has de inclinar a ningún OTRO (AJÉR) dios” (Éx34:14). La intención es que nadie se confunda y lea: “No te has de inclinar al EJÁD, al Dios único”. Sería terrible.

Volviendo al aspecto más positivo de la RÉISH, la conceptualización del liderazgo, hablando de Jesús dice el apóstol Pablo en su carta a los efesios: “Sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por CABEZA (por RÉISH/ROSH) sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef1:22). Esto conecta con la auto declaración del Señor en Isaías: “Así dice el Señor Rey de Israel, y su Redentor, el Señor de los ejércitos: Yo soy el primero (aní Rishón), y yo soy el postrero (aní ajaRóv), y fuera de mi no hay Dios” (Is4:6).

En la misma línea de pensamiento agrega entonces Pablo: “Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza (la RÉISH, la ROSH), esto es, Cristo” (Ef4:15). Y un capítulo más adelante, el apóstol adiciona: “El marido es cabeza de la mujer así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador” (Ef5:23).

La trascendencia de Jesús como cabeza, como RÉISH o ROSH para nuestro destino eterno, la descubrimos en otro pasaje, dirigido a los colosenses este: “Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, el que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia, por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas... haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos... haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado... por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Col1:18-22).

Jesús es la RÉISH, la ROSH, la cabeza; y sobre el madero, Él por nosotros fue hecho RÉISH, RASHÁ, maldad, a fin de que aceptando su sacrificio, heredemos la vida eterna.



## 21. SHIN

La pictografía de la SHIN remite a un diente, término que en hebreo es, en sus formas singular y plural: SHEN y SHINÁIM. Estamos ante una letra cuya estructura nos invita a la especulación. Los 3 “brazos” en los que la SHIN se abre pudieran simbolizar la raíz de nuestros molares, por ejemplo, 3 llamas de fuego o Moisés con sus brazos extendidos, sostenidos por Aarón y Hur (Éx17:12). También podemos interpretar esos 3 trazos como la era ante mesiánica (anterior al milenio), el tiempo presente; la era mesiánica, el milenio propiamente dicho descrito en Apocalipsis 20; y la era post milenial, narrada en los 2 últimos capítulos de ese mismo libro. Un sabio del judaísmo dijo: la SHIN revela un sistema de 3 unidades que al combinarse resulta en completitud. ¿Pudiera entonces la SHIN revelar además la Trinidad?

2 elementos clásicos de la cultura judía están marcados con la letra SHIN. La mayoría de los hogares judíos tienen colgada en sus puertas de entrada e interiores, a la derecha, lo que se conoce como MEZUZÁ, un pequeño rollo de madera o metal con la inscripción de la Shemá (Oye Israel) en conformidad al mandato del Señor en Deuteronomio: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt6:4, 5).

Cada MEZUZÁ posee una letra SHIN en su exterior. Ella simboliza uno de los nombres del Altísimo: EL-SHADÁI, el Dios Todopoderoso, Dios de Abraham Isaac y Jacob (Éx6:3). La idea es evidenciar que ese hogar le pertenece enteramente al Señor. También la SHIN nos remite al Guardián de las puertas de Israel, el SHOMÉR DELATÓT ISRAEL. La sangre de los corderos pascuales en la huída de Egipto, la primera Pascua, guardó a los hogares del juicio de Dios. El cordero Pascual es quien guarda a Israel. Ese Cordero es su SHOMÉR.

También la SHIN en la MEZUZÁ nos remite al Dios SHALOM, el Dios de PAZ. Que la paz del Altísimo resida en ese hogar. Isaías declara que Jesús es el Príncipe de paz (Is9:6). Él es nuestro Sar Shalom. Su paz gobierna nuestros corazones (Col3:15).

Asimismo la SHIN es la letra con la que comienza la SHemá, como citáramos. Este mismo mandamiento ordena atar las sagradas palabras en el corazón, en la mano y en la frente de nuestra cabeza: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón... Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tus casas, y en tus puertas” (Dt6:6, 8, 9). Esto es lo que en hebreo se conoce como TEFILÍN, término que proviene de: TEFILÁ, u: oración. La palabra griega para referirse a los TEFILÍN es filacterias, que más bien quiere decir: amuleto. Es una traducción bastante desacertada respecto al sentido del término original hebreo.

En el Evangelio de Mateo Jesús critica a los escribas y fariseos no por llevar los TEFILÍN, sino por hacerlo en forma ostentosa: “Ensanchan sus filacterias (TEFILÍN)”. (Mt23:5). Es probable que Jesús, como rabino judío "conservador", que lo era, usara los TEFILÍN en ocasiones especiales. Al observar de cerca los TEFILÍN, que son como unos cubos pequeños, advertimos que también estos poseen una inscripción de una SHIN de un lado, y otra SHIN, de 4 brazos, en la cara opuesta del cubo.

En este caso, la SHIN nos remite al fuego, o ÉISH en hebreo. Otro vocablo relacionado con el fuego, el sol, es en hebreo: SHÉMESH, que consta de una letra SHIN al principio y una al final, tipo del fuego, y una letra MEM en el medio, tipo del agua. De hecho el sol, científicamente hablando, es una especie de bola masiva de fusión nuclear, líquida, rodeada de fuego. ¡Sorprendente! La palabra sol en hebreo corresponde con exactitud a la naturaleza física del astro celeste.

Por otro lado existen 2 personajes bíblicos vinculados estrechamente con el fuego y el número 300, que es el valor numérico de la letra SHIN. Gedeón, un juez de Israel que usó 300 hombres para derrotar a los enemigos madianitas con antorchas y trompetas en sus manos, elementos estos que también podríamos fácilmente imaginar dibujados en la estructura de una SHIN (Jue7:7). Y Sansón (SHIMSHÓN), que usó 300 colas de zorras para encender los sembrados de los enemigos filisteos (Jue15:4).

En Pentecostés, sobre los apóstoles, María la madre de Jesús y otros discípulos “se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hch2:3). “Asentándose”. El texto original hebreo de Deuteronomio dice que aten la ley o la descansen o asienten sobre su cabeza. El cumplimiento de esas leyes, escritas no ya en tablas, sino en el corazón del creyente mediante el Espíritu Santo, descendió en aquel Pentecostés sobre los discípulos y esas mismas llamas queman los corazones de los creyentes en Jesús alrededor del globo hoy día. Esa ley descansa o está asentada sobre nuestra cabeza. Son nuestros TEFILÍN, nuestras oraciones. Es la Palabra de Dios. No la portamos como un cubo sobre nuestra frente, pero la vivimos, la llevamos atada a nuestra mente y corazón.

El Mesías mediante su muerte, resurrección y ascensión, abrió el camino para que el Espíritu Santo pudiera descender, sellándonos con esa sagrada ley, coronándonos, dándonos autoridad espiritual. La SHIN es una de las 7 letras hebreas que en ocasiones porta una coronita. Pero para llegar a recibir esa autoridad, la condición prima es creer en el Mesías, entrar en un romance con Él. Debemos amar su Ley, su Palabra, que es amarlo a Él, porque Él es el VERBO, la Palabra (Jn1:1). De este sagrado vínculo nos habla otro libro del Antiguo Testamento que cuenta una historia de amor, y cuyo nombre en hebreo comienza con SHIN, que en el texto original está agrandada. Es el Cantar de los Cantares de Salomón, el: SHÍR HA-SHIRÍM.

Concluimos reflexionando sobre por qué la otra SHIN de los TEFILÍN, en el reverso del cubo tiene 4 brazos y no 3. Hay varias interpretaciones: 3 son los patriarcas de Israel (Abraham, Isaac y Jacob), en tanto 4 son las matriarcas (Sara, Rebeca, Lea y Raquel). 4 son también los ríos descritos en el jardín del Edén. Como dijimos al comienzo, la SHIN

tiene que ver con el mundo por venir, el milenio y la edad post milenial, donde todo será restaurado al diseño original, como los 4 ríos que surcaban el Jardín del Edén (Gn2:10-14). También podríamos interpretar los 4 brazos como a: Dios, Israel, la Torá, y estos 3 en la tierra de Israel. La conexión entre Israel y la tierra de Israel es inseparable. Es notable por lo tanto que los judíos porten sus TEFILÍN u oraciones en un cubo, figura geométrica tipo de Dios, como la Jerusalén celestial que un día descenderá del cielo, y que por sus medidas es un cubo perfecto (Ap21:16). La Palabra no tiene desaciertos y nada en ella está librado al azar.



## 22. TAV

TAV en su representación original era una marca, y más específicamente una cruz. Simboliza la verdad. El término SHÉKER, mentir, se compone de las 3 letras que en el alfabeto anteceden la TAV (una SHIN, una KUF, y una RÉISH). ÉMET o verdad en hebreo, está compuesta en tanto por la primera, la media y la última letra del alfabeto (una ÁLEF, una MEM y una TAV). Los sabios explican que las letras del vocablo mentira son seguidas, en tanto las del término verdad son espaciadas, porque mentir es más común que decir la verdad. Atendiendo a su estructura, cada una de las letras del término SHÉKER, se apoyan además en una sola pata, mientras que las del término ÉMET, se apoyan en 2. La mentira es endeble, débil, y está destinada a perecer. La verdad nos afirma y está destinada a permanecer y prevalecer.

Al suprimir la ÁLEF del término ÉMET o verdad, nos queda la palabra MET, o muerte. Siendo la ÁLEF tipo de la divinidad, la enseñanza es que si dejamos a Dios fuera de la verdad, la consecuencia será un daño grande, incluso la muerte. Remover a Elohím, el Dios de Israel de la búsqueda de la verdad, resulta en una verdad muerta, una ÉMET MET, como sería el caso de una verdad sólo intelectual, no espiritual. “De palabra de mentira te alejarás” exhorta el libro de Éxodo (Éx23:7<sup>a</sup>). Debemos distanciarnos de la palabra falsa, de la mentira, de la muerte, de la ausencia de Dios en la vida. Vivir sin Dios o dejando afuera a Dios, es vivir la más grande mentira.

El Salmo 119 declara por el contrario: “La suma de tu palabra es verdad” (Sal119:160<sup>a</sup>). El concepto en el idioma original hebreo es que la cabeza (ROSH) o el comienzo de la Palabra es verdad. El comienzo de la Palabra, de la Biblia, es Génesis 1:1. A la expresión “En el comienzo” de Génesis uno le siguen la palabras: “creó Dios los...” Al juntar en hebreo las 3 últimas letras de estas 3 palabras, la “o” de creó, la “s” d Dios y la “s” de los, en hebreo equivale a una ÁLEF, una MEM y una TAV = ÉMET, verdad. Lo que el libro de Génesis está relatando es la verdad. Es verdad que en el comienzo creó Dios los cielos y la tierra.

Asimismo, el versículo 3 del capítulo 2 de Génesis concluye el relato de la creación. Sorprendentemente, al juntar las últimas letras de las 3 últimas palabras del versículo, se vuelve a formar el término ÉMET o verdad. El relato de la Creación de Génesis es ÉMET, es Verdad. La Palabra toda es Verdad, y hay que atenderla.

Esto nos anima a perseverar en la Palabra, concepto validado por la estructura misma de la TAV a través de la "patita" en la que se sostiene. Jesús habló de perseverar en acción, él dio ejemplo cuando “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lc9:51) y morir en el madero, cumpliendo el propósito para el cual había encarnado en el vientre de María. Morir en la Cruz del Gólgota era su verdad. Diez capítulos más adelante, el Evangelio de Lucas refrenda la actitud del Señor, al declarar: “Iba delante subiendo a Jerusalén” (Lc19:28).

Error o pecado en hebreo es JÉIT. Si adicionamos una TAV a este vocablo, obtendremos en hebreo la palabra JATÁT, es decir: la ofrenda por el pecado. Jesús, la Verdad, es nuestra ofrenda por el pecado. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2Co5:21).

Hay una oración del Shabat en el judaísmo que comienza desde la TAV, la última letra del alfabeto, y recorre todo el ÁLEF-BET (el abecedario) al revés, hasta finalizar en una ÁLEF, la primera letra. Esta oración intenta hacernos reflexionar que mientras la perspectiva humana es leer el alfabeto de la ÁLEF a la TAV, la perspectiva de Dios es diferente, y va de la TAV a la ÁLEF. La cruz, la verdad, la ÉMET, la TAV, es locura para el hombre, pero salvación y sabiduría de Dios (1Co1:21-25). Como dijo Jesús también: “Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lc16:15c).

Si como nuestro Maestro perseveramos, persistimos en la verdad, lograremos conquistar, como Él, el propósito para el cual estamos en la tierra. La TAV es la última letra del alfabeto. Después de ella, sólo nos resta comenzar con la primera letra una vez más, la ÁLEF, tipo de Dios. Es decir que perseverar en la Verdad, en la marca, en la cruz del Mesías, nos lleva a Dios, a los brazos del Padre, nuestro destino eterno, nuestra última verdad. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Jn14:6). “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Ap22:13).

Jesús es la ÁLEF y la TAV.